

# LA ACEITUNERA

NOVELA DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

ENTRE unos mozos aceituneros que contrató Chano, para mi finca de Las Palomas, aquel pobre Chano, aperador mío, que murió de una puñalada á manos de Farran delante de las ventillas, vi algunas veces á un tal Demetrio,

—Metrio le llamaban todos en la sierra—y fijó mi atención por su carácter reservado y pensativo, sin esas expansiones tan corrientes y ruidosas en los mozueros del campo andaluz. En



que me daban el largo tiempo que á mi familia había servido, y los muchos testimonios de liberalidad que había encontrado ocasión de ofrecerle; por eso no le hice pregunta alguna, pero me propuse observar sus actos en cuantas ocasiones pudiera. Mi trabajo no fué mucho; pronto, creí haber dado con las causas de la tristeza y taciturnidad de mi mozo de labor; le sorprendí constantemente,—de noche sobre todo, que era cuando mis indagaciones podían tener algún éxito,—con sus ojos clavados en Parralita, una aceitunera, de las cuarenta que había entonces en Las Palomas. Supe el nombre de Parralita, su apodo mejor dicho, porque lo pregunté. No la conocía; la vi en tal ocasión por vez primera; pero bien pronto, Parralita, llamó mi atención, más vivamente aún que el muchacho. El mozo no cesaba de mirarla nunca, con triste recogimiento, pero sin hablarla, sin aproximarse á ella; ella, no miraba ni hablaba á nadie tampoco; de día, en su trabajo; de noche, metida en algún rincón. Manteníase así adusta, inabordable, sombría la frente y fijos los ojos en algún punto indeterminado, como absorta en un cruel pensamiento. Yo quería hablar con ella; porque en su modo de ser y en aquella eterna tristeza

entreveía algo sombrío y misterioso: pero anduve algún tiempo indeciso; aunque fuese una infeliz asalariada; aunque yo ejerciese sobre ella el influjo terrible del amo, tratábase al fin de una mujer; esto es ya mucho. A la mujer hay que respetarla siempre, ya sea en el surco recogiendo aceitunas, ó ya en un trono, representando papel de reina. ¿No es verdad, lector mío?

Mi preocupación era que pudiesen los demás echarlo á mala parte, si me veían hablar á la muchacha con algún detenimiento; podía amontonar sobre ella rencores y odios, francamente, y esto no me parecía justo. Además, tampoco estaba yo porque creyesen de mí una cosa que no era. El amo tiene que parecer una especie de cariatide, de bronce ó mármol durísimo; ha de hacerse respetar, de las hembras sobre todo; deben pasar junto á él con recogimiento, como los devotos, junto al santo de su culto; no hay autoridad, no hay prestigio, todo viene abajo,

en cuanto la aceitunera, esa abejita de invierno de los campos andaluces, se apercibe de que en el bronce ó el mármol de la cariatide puede clavar también su aguijón.

Pasaban los días; el frío era intenso; la temporada de la aceituna alargábase; la cosecha, como casi todos los años, fué magnífica; en Febrero, entraron á trabajar nuevas gentes... ¡Oh, coloristas! Vosotros hubiérais podido describir el hermoso aspecto de aquellas mañanas, con sus campos escarchados, como cubiertos de fino polvo de cristal, y aquel mundo de hombres y mujeres preparándose á la tarea, comiendo el pan sabrosísimo, con aceite del nuevo ó las migas humeantes, consolación y esperanza de atligidos estómagos! Había que verles, sí, á ellos, con sus zahones y sus zapatos claveteados, y á ellas, con sus pañuelos liados á la cabeza; encima, el gran sombrero de palma; más ó menos abrigado el busto,—que tampoco pueden pedirse gollerías,—la falda remangada, sujeta en un soberbio retorcido, y cubiertas las suavísimas formas con pantalones propios de hombre; horrible tocado, aunque cómodo, para esta clase de faena, que hay que hacer en cuclillas, con esfuerzo penosísimo; pero así y todo, encontrando algunas manera fácil de que la toilette resulte muy original, sin decir nada de lo tentadora.

Sali en una ocasión, poco antes que mi gente, á dar una vuelta por la finca; era de noche aún. Yo iba á caballo, bien resguardado del frío, con mis fuertes polainas, mis gruesos zahones de fieltro y mi manta de Palencia; y de la gente sospechosa, con mi fina escopeta terciada siempre en la grupa.

Más de tres horas anduve por la finca, y estoy seguro de que mi vigilancia de aquel día valió más que la de los guardas de Las Palomas en todo el año; dirigiame, como remate de mi excursión, al extenso olivar donde mi gente trabajaba. Tenía que salir de un angosto sendero y atravesar la carretera de Córdoba; pero antes de salir del sendero, por encima de un vallado, vi de repente, al pie de una gran adelfa que crecía al borde de un arroyo, un bulto informe, así, como un montón de trapos de color obscuro. Si hubiera ido á pie, no le habría visto. Me acerqué cauteloso. El agua del arroyuelo deslizábase con dulce rumor.

Me convencí cuando estuve cerca; no era un montón de ropa solamente lo que había llamado mi atención; el bulto informe hizo un movimiento, y entendí, ciertamente, que fué como de querer ocultarse á mi vista la persona, hombre ó mujer, que allí hubiera, aunque, comprendiendo al punto la imposibilidad de conseguirlo. Toqué el bulto con el cañón de mi escopeta, y dije en voz alta:

—¡Eh, buen amigo!

—¡Ni amigo ni amiga!—respondieronme bruscamente. Fué una voz

femenil, y no me pareció desconocida. En efecto, al incorporarse la mujer un poco, me encontré con Parrala.

—¿No eres tú de mi gente?—La hice esta pregunta, sin saber qué otra cosa decir en el primer instante.

—Sí soy,—contestó con sequedad.

—Bien; ¿y qué haces aquí?—pregunté de nuevo, irritado por aquel tono que no me explicaba. —¿Por qué no estás en tu sitio con las otras? ¡Arriba!

Un sol tibio empezaba á dorar los objetos; á su luz suave, fui contemplando por primera vez con alguna detención aquel rostro de blanca mate, como el de los enfermos en convalecencia; sus ojos negros, febriles, estaban clavados en los míos, sin pestañear, con fijeza imponente; he de confesarlo; en tal punto, sin más averiguaciones, entreví en aquella mujer un gran carácter. Tenía, como de costumbre, la cabeza liada en su pañuelo, viéndose solamente el óvalo de la cara, los ojos grandes, de una negrura intensa y sombría, la ancha frente, sobre la cual tendíase el pañuelo de la cabeza, como á especie de doselillo, la nariz fina, dilatándose por la cólera, y los labios, en fin, que no había tenido ocasión de admirar hasta entonces; unos labios del-



dad, un dolor terrible, infinito, un dolor del alma, que no le podía curar nadie. ¡Ah, los grandes filósofos; los observadores profundos; los que sólo saben sorprender secretos de la ciencia psicológica, en los encopetados señores, y en las esplendentes damas, sin salir de sus misteriosos fantásticos camarines... Vosotros, fisiólogos de la grandeza ¡qué impresiones tan extrañas sacaríais del estudio de cualquier personaje de éstos, aunque fuese una pobre aceitunera, tirada en un claro del monte, como res expirante que olvidó allí la jauría!

—Echa para el cortijo,—dije resueltamente.

—¿Te voy,—contestó, encogiéndose de hombros.—¡Como que lo tenía ya pensado para que me diese usted la cuenta!

—¿Te vas?—pregunté sorprendido.

—Sí, señor;—repuso lacónicamente, saliendo al sendero.

Yo eché detrás; de pronto, detuve mi caballo: al tender involuntariamente la mirada al sitio donde la aceitunera estuvo tendida, había visto brillar un ojo.

—¡Eh!—dije,—¿qué es lo que te dejas aquí?

Lanzó una exclamación y volvió precipitadamente al pie de la adelfa; allí estaba el objeto á que yo aludía; lo cogió presurosa, pero por pronto que lo quiso ocultar bajo su falda, en la cintura de su pantalón de hombre, yo vi lo que era; era un cuchillo, de ancha y delgada hoja, tan delgada como los labios sin color de Parralita, al sonreír en aquel instante.

—¿Es tuyo eso?—pregunté admirado.

—Es mío;—repuso, mirándome risueñamente por vez primera.

—¿Y para qué lo guardas?

A lo que contestó, con aquel laconismo que expresaba tanto como un discurso:

—¡Quién sabe!

¡Y Parralita tendría diez y ocho años! ¡Tal vez no cumplidos!

—Anda para el cortijo,—le dije al salir del sendero.—Voy á dar un encargo al aperador. Espérame allí.

Se alejó la muchacha y yo salí á la carretera. Indudablemente, me hallaba impresionado por el misterio que creí entrever en la actitud y la

dillas, apoyados en las rodillas los brazos, y de las manos, largas y morenas, pendiente el sombrero de alas anchas, adornado con cintas rojas y azules.

—¿Qué haces?—repetí, viéndola inmóvil.

Se levantó, diciendo:

—Estaba mala; me tiré un rato.

—¿Qué tenías?

Y mi acento, sin querer, hizose más suave. Ella respondió, encogiéndose de hombros.

—Un dolor.

—¿Qué clase de dolor?

Me miró hoscamente y repuso, después de vacilar un poco:

—Dije que un dolor; ya es mucho preguntar, mi amo.

—¿Pero tú no sabes que en Las Palomas hay botiquín, y que yo sé bastante de medicina, y que el mal fácilmente hubiera desaparecido, con haber hablado tú una palabra?

Estaba Parralita de pie; se había puesto el sombrero; era imposible verle los ojos, por estar ocultos con las alas anchísimas. Pero levantó la cabeza cuando acabé de hablar y vi entonces aquellos ojos llameantes, y aquel rostro desencajado y livido. Pensé al punto, por vez primera, que su dolor era de ver-

conducta de Parralita, sin contar aquellos síntomas tan extraños de su carácter.

Sentía una viva irritación contra mí mismo. ¿Por qué preocuparme de aquello? En realidad, lo único que yo tenía que hacer, era dar su cuenta á Parralita, puesto que me la había pedido, y dejarla seguir su suerte.

Nada tenía que hacer con mi aperador; lo que dije á la muchacha, fué un pretexto para separarme de ella y reflexionar un poco... ¿Y qué iba yo á reflexionar? Por un instante, tuve idea de hablar con el aperador y hacer mis indagaciones. ¿Quién era Parralita? ¿De dónde había venido?... Pero desistí; el aperador de Las Palomas nunca me había inspirado verdadera confianza; además, no soy amigo de encomendar á nadie asuntos que puedo resolver yo en persona.

Anduve un gran trecho, embebido en mis reflexiones: de todas ellas saqué una conclusión que me dejó encantado; la de dar su cuenta á Parralita y que tomara el tole bonitamente, yéndose á otra parte, con la música fantástica de sus misterios y su cuchillo.

(Continuará).

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

pensativo, sin mirar á nadie, desentendiéndose, si las mozuelas le dirigían alguna alusión, ó sonriendo á lo sumo, pero de un modo tan triste, que picó mi curiosidad algunas veces.

Yo no tenía con Metrio, como con Chano la tuve, aquella autoridad



AÑORANZA

## GUILLÉN DE VINATEA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

**E**XTRAORDINARIA fué la pompa con que se coronó en Zaragoza, año 1327, el rey Don Alfonso IV, apellidado el *Benigno* por su bondad y el amor que profesaba á sus vasallos. A ella asistieron los embajadores de los Monarcas de Castilla, Navarra y Bohemia, de los Reyes moros de Granada y Tremecén, infantes, prelados, caballeros, infanzones y síndicos de las principales ciudades de los tres reinos (Aragón, Cataluña y Valencia), con un gran séquito de pajes y escuderos con riquísimos trajes de seda y brocado, de paño de oro y armiño, según Muntaner.

La espada que lucía el Monarca *era la más rica que entonces se conocía*; el cetro de oro, con multitud de brillantes y piedras preciosas; estimándose lo que Don Alfonso llevaba aquel día en ciento y cincuenta mil escudos, gran suma para aquellos tiempos.

Por iniciativa de la Corte castellana celebróse la boda de Don Alfonso, viudo de Doña Teresa de Entenza, con la infanta Doña Leonor, hermana del Rey de Castilla Don Alfonso XI, en la ciudad de Tarazona y en el mes de Enero del año 1329.

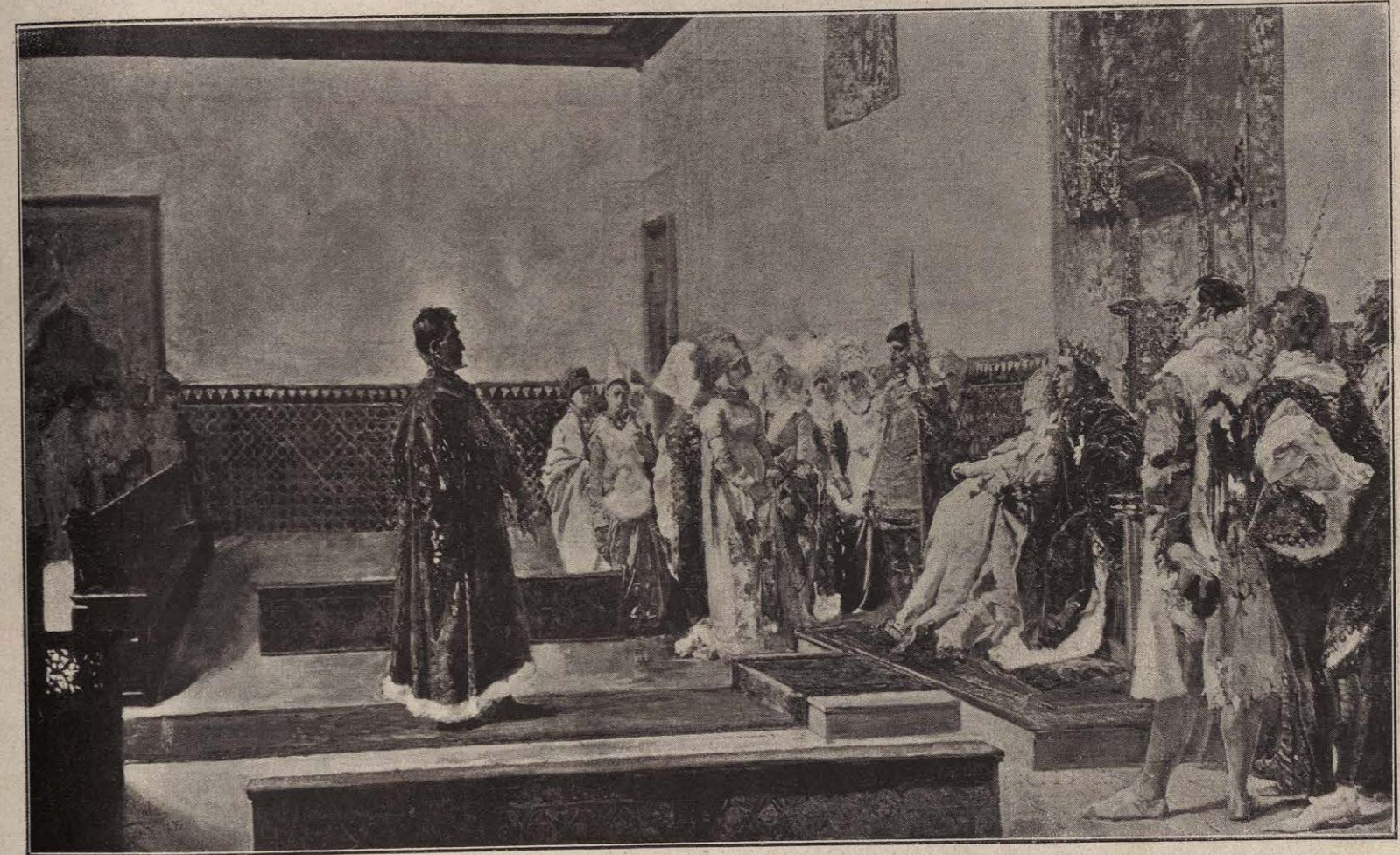
El padre del nuevo Monarca aragonés, Don Jaime II, había otorgado en las Cortes de Tarragona un Estatuto determinando que los reinos de Aragón y Valencia quedaran tan unidos al Condado de Barcelona que nadie los pu-

diese dividir ni separar; si bien reservándose el derecho de poder dar á sus hijos y nietos ú otras personas que le pareciese, villas, castillos ú otros heredamientos. Su hijo Don Alfonso, ante las muchas liberaridades de su padre, que tanto habían empobrecido la Corona, dictó otro Estatuto, en Darcaca, según el cual, no podía enajenar en diez años, villas, feudos, ni rentas.

Dicen que al saberlo la reina Doña Leonor, aconsejada por su aya Doña Sancha, negoció con el Papa Juan XXII, de acuerdo con el mismo Rey su esposo, de una manera tan hábil que Don Alfonso pudo declarar no haber sido su ánimo comprender en el dicho Estatuto, ni á ella, ni á sus hijos; en vista de lo cual y á pesar de haber dado á Doña Leonor, por contemplación de matrimonio, la ciudad de Huesca, con algunas villas y castillos, regaló al infante Don Fernando la ciudad de Tortosa, sin cuidarse de las reclamaciones de sus vecinos; después Alicante, Elche, Novelda, Orihuela, Guardamar y Albarracín; y por último Játiva, Alcira, Murviedro, Morella, Burriana y Castellón de la Plana, es decir, casi lo mejor del reino valenciano.

Al saberlo, pusieron en armas los valencianos, acordando marchar donde se hallaba Don Alfonso y *matar á cuantos allí encontrasen de la Corte, salvo el Rey, la Reina y el infante Don Fernando.*

Pero antes, según el analista Abarca, reuniéronse los Jurados de la ciu-



Cuadro de E. SALA.

GUILLÉN DE VINATEA OBLIGANDO Á ALFONSO IV, DE ARAGÓN, Á REVOCAR UNAS DONACIONES CONTRA FUERO

Fot. de J. Laurent y C.ª

dad, y uno de ellos, Guillén ó Francés de Vinatea, el más popular de todos, ofreció presentarse al Monarca y obtener la revocación de aquel contrafuero. Aceptada la propuesta llegó Vinatea ante el Rey, su esposa y su Corte, y le dirigió el discurso de quejas que vamos á extractar, y que prueba su valor y patriotismo:

«Las donaciones que habéis hecho nos han admirado y desconsolado. ¡Mentira parece que vuestros consejeros, que debieran ser nuestros leales y justos procuradores, lo hayan tolerado, pusilánimes, lisonjeros y ambiciosos! Los Jurados y vecinos de esas villas y ciudades morirán primero que ceder.

«Como hombre no sois sobre nosotros; y como Rey *sois por nosotros y para nosotros.*

«Si tolerásemos esas donaciones, quedaría destrozada la patria, en peligro el reino y quebrantados los fueros.

«Y sabed,—añadió, dirigiéndose á los presentes,—que si yo muero, ninguno de vosotros escapará con vida, excepto las reales personas, cayendo degollados, en venganza, por nuestros conciudadanos.»

Afectado el Rey, volvióse y reconvinó á Doña Leonor, la cual, derramando lágrimas de coraje, exclamó:—*Semejante desacato no lo habría consentido mi hermano el rey Don Alfonso de Castilla, antes habría mandado degollar á estas gentes;—á lo que su esposo replicó:—Reina, nuestro pueblo es más libre que el de Castilla; nuestros súbditos nos reverencian como á Señor, y Nos los tenemos como vasallos y buenos compañeros.*

Y las donaciones quedaron revocadas.

Este grave suceso, que se cree acaecido por el mes de Marzo, sirvió de asunto al hermoso cuadro de Emilio Sala con que hoy se honra ALBUM SALÓN, que obtuvo, en la Exposición de Pinturas de 1878, el primer premio y figuró, con gloria, en la de París. ¡Qué resolución tan enérgica se admira en la figura de Vinatea! ¡Qué atención tan concentrada en la de Don Alfonso! ¡Qué humillación y vergüenza en la de la Reina! ¡Qué inquietud tan marcada en las de los cortesanos! Muchos elogios alcanzó Emilio Sala por su hermoso cuadro, y á la verdad que bien merecidos.

Elevado el infante Don Pedro, primogénito de Don Alfonso, á la gobernación del reino, por el mal estado de salud de su padre, cargo que desempeñó con una actividad y energía superior á sus años, apenas supo la elevación al Papado del nuevo pontífice Benito XII, envióle una embajada para felicitarle y pedirle no dispensase á los Reyes de los juramentos de no enajenar el patrimonio de la Corona; ordenando, al par, que sus amigos se posesionasen de los castillos y ciudades que pretendía la Reina estuviesen á cargo de sus parciales.

Temerosa Doña Leonor, abandonó á su esposo en Barcelona, en trance de muerte, tanto que falleció á los pocos días (Enero de 1336), huyendo á Castilla, de donde escribió al nuevo Monarca suplicándole que la tomara bajo su amparo, así como á su hijo Don Fernando. Contestóle Don Pedro en términos muy corteses, pero reconquistando, con gran contentamiento de los pueblos, todas las ciudades, villas y castillos que su débil padre la había donado.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS